



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9815

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

LUNES 23 DE JULIO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en Madrid, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:
MADRID, CALLE OLIZAGA N. 1
(Paseo de Recoletos.)



Subdirectores:
SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª
Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo... Plus. 12.000.000
Primas y reservas... 42.889.747

TOTAL... 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acrecienta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 66.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

EL MEJOR AMANTE.

En una provincia hermosa de nuestra España, en la que abundan las mujeres más gentiles, las más

fragantes flores, las frutas bien jugosas, y los frondosos campos, se venera, no ya con religiosa fé, sino con fanático entusiasmo, una virgen, patrona y protectora de sus feligreses.

No digo el nombre de esta imagen, porque es mejor que permanezca ignorado; si el que esto leyere la adivina ó por suposición recuerda el sitio de que hablaré luego, tenga en cuenta no se engañe y en confusión se vea.

Por mi parte en mi discreción me encierro, limitando á contar lo que sorprendido ví un día, en que la casualidad me hizo presenciar el cuadro de la vida, que á las cuartillitas trasladó.

Puedo hacerlo, porque no prometí guardar secreto de ello á Marcela, que expresando secreto deseo sus ojos negros como las penas sin calma, consintió en que lo contase.

Era Marcela hija de un leñador: que desapareció huyendo del rigor de la ley por no se que crimen co-

metido, su madre fue hilandera y dando vueltas á la rueca, suspirando tristemente y enjugando sus lágrimas, pasó un tiempo que fue breve, desde aquel en que huyó el esposo, hasta que al fin, vencida por el pesar y no pudiendo resistir más, bajó un día á la tierra.

Huérfana y sola, Marcela lloró su desgracia y su soledad más grande que todas las cosas grandes.

Se hizo moza y el espejo indiscreto, sin esperar la consulta, le dijo que era hermosa y garrida; tuvo su poco de orgullo la chica y sin mostrarlo, acallando su satisfacción fue reina de la hermosura de su pueblo.

Todos los mozos del pueblo, y todos los del radio y sus contornos lo decían.

—De todas, y entre todas, la más hermosa es Marcela.

Marcela, vivía con un matrimonio anciano que la recogió; ella, llegó á adorar en ellos, en ellos, que se desvivían por la chica, tan buena, tan hacendosa y tan espléndidamente linda y hermosa.

La virgen de P... tiene su hermita en un cerro que no es mayormente alto.

Y al pie de este cerro, por una de sus laderas, se desliza un riachuelo, que se esconde, se envuelve, juega y salta sobre los riscos, besa las florecidas plantas de la orilla y ensanchándose en su cauce algunas veces, que otras veces más allá se estrecha, corre claro y cristalino, como agua de manantial, hasta llegar al mar, con el que se confunde y en él se pierde.

Este río, corre todo el año; abundoso de agua cuando llueve, en los invernales tiempos; humilde y descrecido, cuando la época de las lluvias pasa y no le alimentan las aguas.

Marcela, acudía todas las tardes seguida de un cordero á quien mimaba con cariño, á descansar al pie del cerro en que está asentada la ermita de la virgen de P... y en la orilla del río.

En el pueblo se sabla y las envidiosas murmuraban,

—Va á ese sitio, decían, á coquetear con su rostro asomándose como á un espejo en las aguas del río....

Y á los oídos de Marcela llegaba esta especie, que lo hacia sonreír, sin que nadie adivinara el secreto en su sonrisa.

Hacia tiempo que Marcela no asistía en el pueblo á los bailes del domingo y cuando la ronda de mozos, rasgueando la guitarra y entonando la jota llegaban á sus puertas á festejarla, afectuosa y deferente les daba vino y los recibía con júbilo, pero nada más.

Los mozos ronderos se retiraban luego y Marcela continuaba siempre al lado de sus ancianos, prodigándoles tiernos cuidados, limitándose á visitar á diario á la virgen de P... y yendo luego á sentarse á la orilla del riachuelo.

Tuve curiosidad yo, una vez que visité el pueblo y me pusieron al tanto del asunto y como un malhechor escondido, tras de la ermita espí una tarde á la hermosa chica.

Llegó al sitio con grave recogimiento, rezó á su virgen y escondiendo lo que en su delantal guardaba, seguida de su cordero, tomó asiento al pie del cerro y con ansiosa mirada, investigó á lo lejos.

Por detrás del cerro, andando con cautela, apareció de pronto un hombre de raro aspecto cubierto con amplio sombrero. Llegó al lado de Marcela, casi arrastrándose para no ser visto, guardó en su pecho algunos manjares que ella en su delantal llevaba y después de hablar los dos breves minutos, se abrazaron estrechamente, el la besó en la frente al fin, la bendijo en silencio y mientras Marcela secaba una lágrima, escapada de sus ojos tan hermosos, el hombre valiéndose de idénticas precauciones que cuando vino desapareció poco á poco.

Marcela esperó un rato; un silbido escuchado de pronto á lo lejos,

la sacó de su abstracción, alzó los ojos al cielo, serenó su alterado rostro y lentamente como de costumbre, se dirigió al pueblo á la casa de los ancianos.

Los pueblos chicos, suelen ser, foco de maledicencia; si en ellos la calumnia crece y toma cuerpo, se ceba horriblemente en su víctima, á quien no se concede defensa; la ignorancia y la maldad unidas suelen ser inexorables.

Empezó á susurrar, que Marcela, sostenía á diario entrevistas con un misterioso amante; todos lo dijeron y creyeron como artículo de fe y ella sufrió el rigor de la calumnia, resignada y sonriente como de costumbre y sin doblegar la frente, siempre pura y sin mancha.

Yo supe quien era el incógnito visitador, que arrojado de la sociedad y huído hacia tiempo protegido por Marcela que cuidándose y de continuo alerta, hubiera dado la vida y su bienestar por él.

—Tiene Marcela un amante— murmuraron una vez ante mí y yo sin poderme contener.—Es cierto, respondí, y conste que es el mejor de los amantes.

Pasó el tiempo y un indulto trajo al pueblo al padre de Marcela, libre de todo castigo.

Súpose entonces como veía á su hija, en que forma esta le vestuvo; la calumnia murió al instante; y un día, interrogado, me preguntaron por qué afirmaba yo que Marcela tenía un amante.

—Tontos, respondí, porque yo vi muchas veces á su visitante y sabía quien era, su padre ¿podía ser otro su mejor amante?...

Hoy Marcela es mi mujer, es la madre de mis hijos, me adora y yo adoro en ella, con nosotros vive su padre y yo no tengo celos de él á quien proclamé en otro tiempo, asistido por la razón, su mejor amante.

DIONISIO MORQUECHO.
Julio-17-94.

218 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

volviendo á su pensamiento dominante, con el presente te habrán entregado, señor, un pergamino de Muza.

—Si por Dios, contestó el conde, demandando licencia de sus altezas para que permanecieses algunos días á su lado. Y aunque el rey recibió al principio con disgusto esta demanda...

—Señor... observó en acento de disculpa Gastón.

—No en cuanto al emir, continuó el conde, á quien respeta como un rey guerrero debe á un caudillo tan valiente y tan leal como Muza; pero no quiere que sus caballeros tengan amistades, que son siempre peligrosas, con enemigos infieles.

—Mas yo... balbuceó Gastón adivinando un reproche en el acento severo del conde.

—Si, sé, dijo este, que la casualidad os ha unido, y creo que otra casualidad os volverá quizás á separar. En fin, medió la princesa D.ª Isabel de Portugal, y la licencia, aunque concedida con disgusto por sus altezas, está aquí.

Y el conde golpeó su escarcela.

—¡Oh! dame la señor, dijo con interés Gastón, porque me precisa usar de ella.

—Tenaz eres, capitán, y sin embargo, si yo no he oído y visto mal esta noche, debes haberte encontrado en uno de esos furiosos choques en que tan á propósito para nosotros se destrazan los morcos, por-

EL I AUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 219

que he visto fuego en sus atalayas, y he escuchado el crujir de sus bombardas.

—Es verdad, señor, contestó Gastón, y contó al conde y á su primo cuanto le había acontecido desde su salida del real, quitando sin embargo á su relación lo que tenía de mágico Schamsul Ilemal, y el don de este joyel, y el del capellar y el bonete del rey Abou-Abdallah.

—Los enamorados son locos furiosos, dijo el conde dando un pergamino enrollado á Gastón, y dirigiendo la palabra á Garci Pérez: si no le damos la licencia de seguro él se la tomará.

Y se despidió de los dos hidalgos.

—Espera, señor, le dijo deteniéndole Gastón, aún tengo que pedirte otra merced.

El conde se detuvo esperando la petición.

—Préstame por solo tres días, dijo Gastón, ese caballo y esas armas de que te ha hecho presente el emir.

El conde hizo un gesto de inteligencia, y se sonrió. —Concedido, le dijo; de todos modos yo no pensaba usar de ese presente sino como él use del mío.

—¿Y qué le habéis donado, señor?

—Mi mejor caballo y mi mejor espada, contestó el conde, con el mensaje de que apreciaría modifirla con su alfanje. Adios, capitán, descansa, Gastón, y no te espongas en locas aventuras.

222 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

tas del real, sin que fuesen bastantes á detenerle los gritos de los soldados ni las picas de los guardas; algunos ginetes se lanzaron tras él: pero fué inútil; instantáneamente les dejó, avanzando en la vega con la velocidad del torbellino.

Gastón, firme en la silla, cubierta la óabeza con el capuz del almaizar, abrazada la adarga y baja la pica, deslizándose al rayo de la luna sobre aquellos campos, taladros, desiertos y silenciosos; fijando la vista ansiosa en dos muros y en las altas torres de Granada, gallardo y relumbrante con el brocado real, parecía el genio del Islam que se lanzaba á proteger á Granada.

Pero con asombro suyo el corcel no se dirigió á las murallas, sino que torció hacia la sierra, atravesó de un salto el Genil, y se perdió entre los olivares, dirigiéndose á una colina, sobre la cual entre cipreses y nopales se alzaba el alminar de una mezquita, en torno de la cual se veían algunas blancas casas.

Poco trecho antes de llegar á la colina, en el claro de un olivar, Gastón, que había puesto su caballo al trote, vió venir hacia él un hombre cubierto con una hopalanda negra ceñida la cabeza con una toca amarilla.

Aquel hombre se detuvo, dejó pasar al ginete, y cuando se hubo perdido entre los Arboles, murmuró